

# LAPALABRA

YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Emiliano Amador Rodríguez

## “Causas para matar al padre”

*La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana*  
Número 67, enero-marzo de 2024, pp. 74-75.

ISSN: 01855727

Xalapa, Veracruz, México



Universidad Veracruzana  
Dirección Editorial

*La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana*  
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000  
Xalapa, Veracruz, México  
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

# Causas para matar al padre

Emiliano Amador Rodríguez



Edgar London, *Las lluvias de Estocolmo*, Xalapa, UV, 2023, 349 pp.

Una mujer que es una brizna contempla a su padre moribundo en la camilla. El que fuera un cuerpo vigoroso yace enjuto, incapaz de ejercer ninguna fuerza. La imagen del tirano vulnerable le satisface. Se pregunta cuánta presión requeriría asfixiarlo con una almohada. Lleva quizá todo el día sentada junto a él, sintiéndose como una brizna que se agita entre momentos lejanos y aquella sala de hospital en la que nadie pena.

Para las víctimas de *Las lluvias de Estocolmo*, la violencia no se manifiesta como una breve circunstancia ocasional, sino como la condición de vida. Pueden resistirla, pero no enfrentarla. Su mundo es tan pequeño, que la más ínfima muestra de bondad se mira siempre como un milagro. En la casa habita una bestia a la que llaman padre; Violeta lo llama esposo. Tiene la costumbre de hablar mal, tirar golpes y entrar al cuarto de sus hijas por las noches.

La historia que le valió a Edgar London el Premio Latinoamericano de Primera Novela Sergio Galindo transcurre en un pueblo

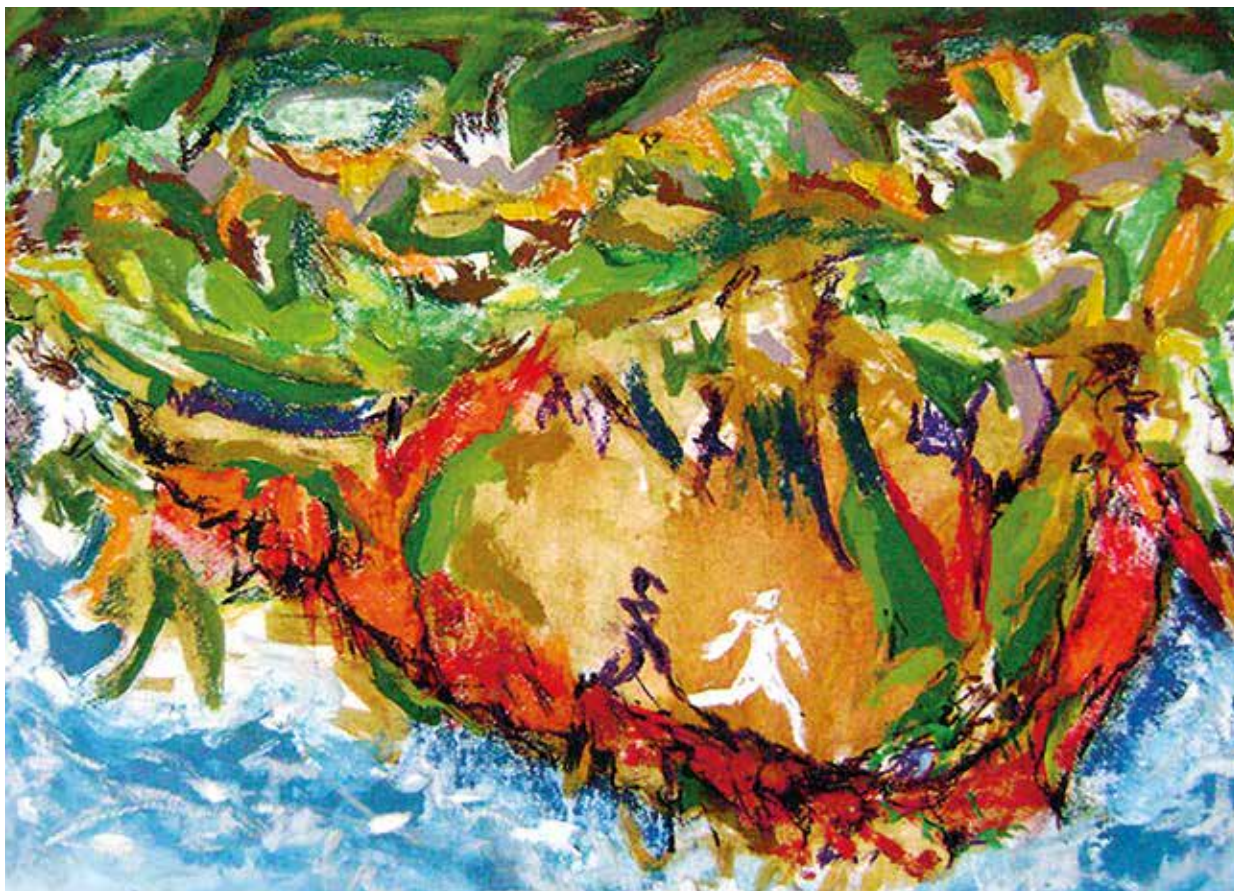
Para las víctimas de *Las lluvias de Estocolmo*, la violencia no se manifiesta como una breve circunstancia ocasional, sino como la condición de vida. Pueden resistirla, pero no enfrentarla. Su mundo es tan pequeño, que la más ínfima muestra de bondad se mira siempre como un milagro.

muy alejado de todas las cosas. La única voz que nos habla es la hermana de en medio. Posee un carácter ingenuo y escéptico, inteligente e ignorante. Es una mente racional criada en un hogar dogmático. Disfruta del humor, el sarcasmo y la blasfemia para contar episodios de crueldad. Todo el tiempo habla en presente; por eso es difícil saber quién habla, si la mujer en el hospital o la niña que voltea a la pared cuando su padre entra al cuarto buscando la cama de su hermana mayor. La confusión es voluntaria, dice en muchas partes, y se debe al efecto de la memoria: imprecisa en sus detalles, extremadamente vivida en lo emocional.

Madre y hermana son devotas, las mejores feligresas de la parroquia. Crean en el penar y en la Providencia, y en que las cosas tienen una causa imparable. La hermana mostró una vez, según se nos cuenta, su cuerpo desnudo a la luz del día; aunque perfecto en sí mismo, la dueña guardaba cierta inseguridad sobre la simetría de sus senos. Hay momentos en que pequeñas insatisfacciones dan una pizca de normalidad a esa existencia devastadora. En casa todos están obligados a fingir, aunque los gritos puedan ser escuchados por los vecinos. Padre alardea de su hija mayor sosteniéndola por la cintura cuando un conocido llega a casa; con la suficiente atención, es posible oler la sangre del abuso, y un par de agentes externos han sentido ese olor.

La concisión de los fragmentos que componen el relato demuestra la experiencia de Edgar London con la narrativa breve. El autor de *El nieto del lobo* (2000), *(Pen)Últimas palabras* (2002), *A escondidas de la memoria* (2008) e *Historias de la corte sana* (2014) incursiona en el género de largo aliento con un numeroso conjunto de escenas cortas, mayormente contemplativas, que generan una tensión abrumadora por el uso constante de elipsis. La trama avanza por medio del descubrimiento, que puede entenderse como la pérdida de muchos grados de inocencia consecutivos, hasta llegar a un largo periodo de crisis en donde las protagonistas buscan algo tan esencial como la supervivencia.

El diálogo es casi nulo. La mujer que narra tiene una memoria parca para los sonidos, y muy hábil para los aromas. Domina en la novela una descripción reiterativa de limitados espacios: la casa pequeña que es también la Florería Violeta, un pabellón de asistencia médica en la parroquia, un puente desgastado a la entrada del pueblo. Los fragmentos (recuerdos) aparentan ser fugaces y mezclarse entre sí, respondiendo a una lógica que no atiende las necesidades del reloj. Y sin embargo es imposible perderse. La narradora usa un lenguaje artificial y simple; constantemente enuncia su falta de inteligencia, pero su propia retórica la contradice. Tiene sin duda un léxico extraño para el entorno rural, que se justifica en la figura



Darío Díaz: *El refugio del manatí*

del hermano menor, asiduo lector de literatura; el personaje más culto y la víctima más inocente, quien seguirá ignorando las causas de todo aún al final de la historia.

Hay en la forma de contar un tipo de ingenuidad que no es propia de lo infantil; tal vez se debe a que quien narra jamás terminó de leer un libro. Lo cierto es que en muchas ocasiones la voz se esfuerza de más en utilizar analogías y metáforas que paralizan la acción acelerada en detrimento del ritmo. A su vez, las imágenes viscerales son abundantes y no se disfrutan. Todo nos incita hacia el deseo de una venganza explosiva y absolutamente todo nos decepciona. Sería deseable que la memoria guardara conversaciones largas, pues conocemos la personalidad de cada individuo solo a través de un par de palabras ocasionales

que los desdibujan. Las grandes discusiones quedan a la imaginación, o podrían ser esclavas del dolor, eliminadas de la conciencia por culpa del trauma.

La primera novela de Edgar London lleva casi todo su peso en el acontecimiento y su resolución. Si bien la prosa tiene un marcado lirismo, el fraseo llega a sentirse ligero de significados y sobrado de adornos. Pero lo que puede permitirse por inexperiencia, se complementa con la intensidad de imágenes, la representación del desconcierto, la percepción del miedo y la búsqueda de la vida en la adversidad más tortuosa.

Solo nos puede traicionar aquel en quien confiamos. En el peor de los casos, el enemigo siempre vive bajo el mismo techo. *Las lluvias de Estocolmo* acompañan el llanto de la víctima más común e ignorada. Nos

recuerdan, como una confrontación, la indiferencia que somos capaces de ejercer ante las vejaciones hereditarias. Siendo amigos, vecinos, hermanos, podemos aceptar la injusticia; siendo víctimas, podemos acostumbrarnos a la tortura, podemos acostumbrarnos a no vivir. Pero no existe sometimiento que nos mantenga a salvo; al contrario, el final puede ser la deshumanización, la reducción a objeto. No se puede aceptar la crueldad como un destino; destruir la infancia es destruirnos a nosotros mismos. Tener malos padres debería ser nuestro primer miedo. Esta novela recuerda que ese miedo nace siempre de la peor manera. **LPyH**

**Emiliano Amador Rodríguez** (Veracruz, Ver., 1997) estudia literatura y filosofía en la Universidad Veracruzana.